



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 48. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Diciembre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Nuestros deseos y nuestros propósitos, por la Redaccion.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido de dos telas.—Vestido de dos telas adornado con lazos.—Fichú de punto de aguja.—Delantal con bieses.—Delantal con ondas y fleco.—Falsa para el calzado.—Almohadon bordado en cañamazo Java.—Fondo de cinta y crochet para colchas y edredones.—Fleco de crochet para colchas.—Encaje irlandés para sábanas.—Falsa para lencería fina.—Diferentes puntillas y entredoses de crochet y cinta.—Almohadon bordado á punto ruso.—Puntillas de punto de aguja.—Pañuelos de novedad para hombre.—

Entredoses de malla guipure.—Puntilla de tul, granadina y azabache.—Diferentes adornos para vestidos.—LITERATURA: La Noche-buena, por Francisco Guerrero y Carcia.—Al nacimiento del Mesias, por Rodrigo Amador de los Rios.—Tradiciones italianas: Pietro el pescador, por Robustiana Armijo.—Los consejos de la fé, por Carmen Nuñez Rodriguez.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Cartas á Angela, por Fanny Warrior.—Secretos del tocador, por Maria de la Cruz.—Explicacion del figurin.

NUESTROS DESEOS Y NUESTROS PROPÓSITOS.

Con este número, que es el último del año, y en el que cumple los 24 de su existencia EL CORREO DE LA MODA, enviamos á nuestras inteligentes y benévolas suscriptoras las más expresivas gracias por la constante preferencia que nos han dispensado, y nuestros ardientes votos para que el año próximo solo les brinde venturas y alegría.

No necesitamos hacerlas pomposas promesas por lo que respecta al que ellas se dignan llamar, *su periódico favorito*, pues todas conocen nuestro incesante desvelo por serlas

útiles moral y materialmente, y llevar á cabo la sagrada misión que nos hemos impuesto.

Hubiéramos querido que finalizase en este número la novela de doña Angela Grassi, titulada *El capital de la virtud*, pero nos lo ha impedido el deseo de dar variedad y movimiento á nuestra publicación. Sin embargo, toca ya á su desenlace, y quedará concluida en todo el próximo mes de Enero.

Para entonces tenemos prepara-

da una bellísima obra del popular novelista D. Teodoro Guerrero, titulada *La gloria y el arte*, y cuantos conozcan los preciosos *Cuentos de salon*, cuantos hayan vertido lágrimas al leer *Una perla en el fango*, y tantas y tantas otras joyas literarias con que dicho señor ha enriquecido la literatura patria, nos agradecerán nuestra eleccion.

Además de las revistas de modas y las explicaciones detalladas de los patrones y labores, debidas como siempre á la distinguida escritora doña Joaquina Balmaseda, y de los artículos referentes á higiene, economía doméstica, secretos del tocador y toda clase de conocimientos úti-

les, engalanarán las páginas del CORREO trabajos literarios de los más acreditados escritores, en los que se aunen la moral y la instruccion con el honesto recreo

Por último, la espiritual Fanny Warrior, con esa gracia inimitable que solo ella posee, llevará á las provincias la noticia de cuanto ocurra de interesante y notable en esta populosa villa.

Dios quiera que nuestras amables lectoras y nosotros lleguemos juntos y felizmente al término del nuevo año, dispensándonos ellas la misma preferencia; consagrandonos á com-

placerlas el mismo afan con que lo hemos hecho hasta ahora. Somos amigos antiguos, que mutuamente se conocen y se estiman, y

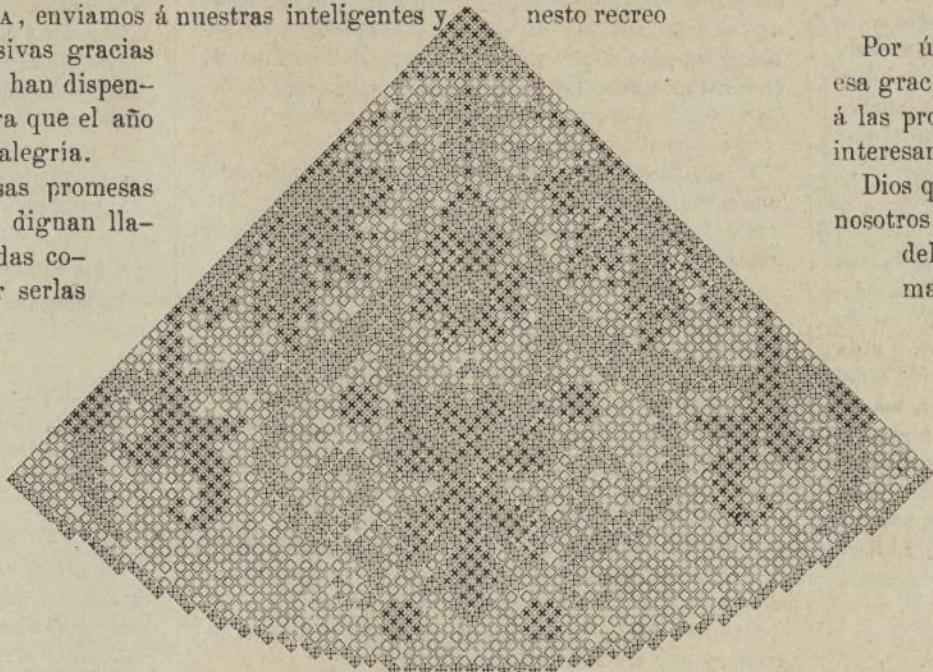
es muy difícil romper los lazos formados por la estimacion y consolidados por el largo trascurso de los años.

LA REDACCION.

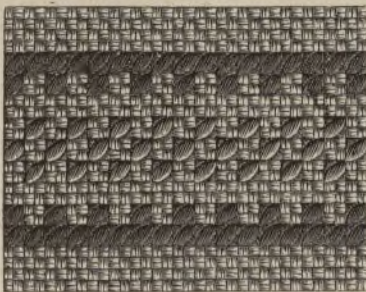
EXPLICACION DE LOS GRABADOS.



4. Bolsa para el calzado.



1. Cuarta parte de un almohadon. Bordado en cañamazo Java.



2. Bordado en cañamazo Java. (Véase el núm. 3)



1 á 3. ALMOHADON.

Estos modelos presentan un lindo almohadon bordado con lanas sobre cañamazo Java, gris ó Habana. El número 1 ofrece la cuarta parte del centro, hecho con lana céfiro ó punto comun con azul turco y grana de dos tonos: el núm. 2 y 3 muestran cenefas para el mismo objeto más estrecha y más ancha para rodear el almohadon ó para hacer otros bordados á tiras.

4 y 5. BOLSAS PARA EL CALZADO.

Ambas tienen la misma forma y dimensiones, variando solo en el adorno. La núm. 4 son tiras estampadas blancas y negras, sujetas por cenefas de punto ruso, y la núm. 5 lleva tiras bordadas en la misma tela.

4. Bolsa cerrada por un boton.—Necesita dos tiras de tela de 13 cents. de ancho por 33 de largo y 42 para la parte de atras, cortada en punta el extremo que vuelve. El adorno son



5. Bolsa para el calzado.

tiras de percal estampado á lunares, y entre ellas otras bordadas á punto ruso, colocadas en pico como la punta que cierra con ojal y boton.

5. *Bolsa cerrada con lazo.*—Esta se compone de un solo pedazo de tela de 11 cents. de ancho por 76 de largo, completándola dos tiras redondeadas de los extremos que sirven de fuelle. Sobre la tela cruda se bordan con encarnado á cordoncillo y feston Méjico largo, cuatro órdenes de ondas encontradas que se llenan con puntos abiertos en rayo, y entre las ondas se bordan lunares á realce. Cierra la bolsa una cinta gris como indica el modelo.

6. CALADO DE CINTA Y CROCHET PARA COLCHAS, EDREDONES, ETC.

Materiales: Cinta de algodón y algodón de crochet.

Princiáse por cortar la cinta del largo que se quiera, se dobladillan las cabeceras y se hace á cada borde una hilera de barras: sobre esta se hace otra vuelta de 3 barras separadas por 7 ptos. de cadeneta. El borde contrario lleva las mismas 3 barras de trecho en trecho y aquí van separadas por 5 ptos. de cadeneta, 2 picots, 3 de cadeneta, el del centro enganchado en el centro de los 7 puntos contrarios, 2 picos, uno doble en el punto anterior á los primeros picots, 4 ptos. de cadeneta.

Se rodea toda la cubierta de una vuelta de barras separadas por un punto y encima otra de barras separadas por 3 ptos., anudándose á esta vuelta el fleco.

7 y 8. DELANTALES.

El primero es de tela cruda ó lana de este color, adornándole una guarnición de lo mismo festonada que descansa sobre un biés ancho de percal azul con lunares blancos: las caídas del lazo van adornadas del mismo modo.

El segundo está cortado con nesgas de un solo paño que tenga 60 cents. de ancho: el borde inferior se corta en 8 ondas adornadas de dos pequeños bieses que el superior sube á formar un dibujo enmedio de la onda, adornando el borde una puntilla negra: este mismo adorno se repite dos veces más arriba, cerrando el delantal una goma y un boton.

9. FLECO CON CABEZA DE CROCHET.

Se ejecuta la cabeza á lo ancho, empezando por la parte superior de cada onda, que consiste en 3 picots colocados en sentido perpendicular: á estos siguen 5 ptos. de cadeneta y 3 barras separadas entre sí por 3 ptos. y cada una enganchada entre un picot: siguen 5 ptos. de cadeneta y un pto. doble en el primero que se hizo antes de los picots. Se hacen 10 ptos. antes de formar la presilla ovalada que cuenta 9 ptos. de cadeneta y sobre ellos 7 canutillos separados entre sí por 3 ptos. en el aire. Terminan el motivo 5 ptos. de cadeneta y uno doble unido á la parte superior para volver á repetir lo mismo. El fleco se anuda entre los canutillos después de haberle cortado con una medida.

10 y 16. BOLSA PARA ROPA BLANCA.

Materiales: Cuti gris, tafetan azul, cinta calada, 2 metros de cordón de seda azul, carton.

El fondo de la bolsa se corta en carton de un cuadro de 14 cents., recortado en octógono, para lo cual no hay más que quitar las cuatro puntas, dejando los cuatro centros más largos: á estos corresponden las paredes de carton que tienen 15 cents. de altura por 9 de ancho por abajo, terminando en punta por arriba. El fondo y las paredes van cubiertas de cuti y el adorno le presenta el número 10. Son cintitas caladas, por las que se pasa una seda azul, fijándolas al fondo con palmas ó espigas de seda azul. La parte que forma la bolsa es de tafetan azul y tiene 80 cents. de vuelo por 24 de altura, fijándole primero al fondo del carton y después se colocan las paredes, que llevan alrededor una puntillita de picots de crochet: el asa corresponde á las paredes y mide 27 cents. de largo por 2 1/2 de ancho.

11 á 15. PUNTILLAS Y ENTREDOS.

11. *Encaje irlandés.*—La novedad de esta puntilla es que se hace con dos cintas de distintos anchos, empleándose en fichús, túnicas de lana y aun de seda negra, según las cintas que se empleen sean blancas, de lana ó negras. La ejecución de los calados es á feston y estrellas y hojas de realce como las de la malla guipure. Piquillo de encaje la termina.

12. *Puntilla de cinta y trencilla Chumy.*—Se cuentan los piquillos de la trencilla al ir formando el dibujo, para que las distancias resulten siempre iguales, sujetándolas con algunos puntos en los sitios en que se cruzan. Cuadritos de cinta doble se van colocando entre la trencilla,

sirviendo á esta de sosten y sujetando además los centros de los círculos con hilos pasados por los picots.

13. *Puntilla de crochet y cinta irlandesa.*—Los festones de alrededor tienen cada uno 9 ptos. de cadeneta, y las hojas cada una 5 ptos. de cadeneta y 2 dobles barras en el primer punto de los cinco, reuniéndolos al terminar en uno. Una cadeneta y una vuelta de barras encima, forman el pie de la puntilla.

14. *Entredós para pantalones.*—Compónese de solas dos vueltas de crochet ejecutadas á lo ancho. En la primera vuelta se hacen 5 ptos. de cadeneta, un picot de 5 puntos, 8 ptos. de cadeneta, un canutillo enganchado en el sexto punto, un picot, un canutillo, 3 ptos. en el aire y un pto. doble junto al primer canutillo. La segunda vuelta es una repetición de la primera, uniéndose las dos en el centro por puntos dobles.

15. *Entredós de crochet.*—Princiáse por 5 ptos. de cadeneta, y las flores son ejecutadas á lo ancho como en el modelo anterior, y en el primer punto de cadeneta se hacen: * 2 canutillos separados por un picot y seguidos de otro picot; se hacen 2 ptos. de cadeneta y uno doble al pie de los picots: siguen 5 de cadeneta y 3 barras dobles reunidas en un punto, 5 de cadeneta y se vuelve á la señal para comenzar otra flor. * La segunda vuelta comienza por un pto. doble hecho en el centro, 2 ptos. de cadeneta, 2 canutillos con sus 2 picots, 3 de cadeneta para volver al centro y 7 de cadeneta para pasar á la otra flor. Los entredoses este y el anterior, van sostenidos á los bordes con cintas y pueden servir también para el modelo núm. 6.

17 á 19. TOQUILLA DE PUNTO.

Materiales: 15 gramos de lana céfiro blanca, 2 agujas de acero gruesas.

La forma de esta toquilla la hace servir para la cabeza y para corbata. El fondo se hace á punto de faja muy claro, poniendo para la primera mitad 12 ptos, creciendo uno en cada vuelta y se hacen 100 para la primera mitad, repitiendo lo mismo para la segunda, menguando en lugar de crecer. La puntilla núm. 17 que rodea el fondo va cosida á él y se ejecuta del modo siguiente:

Se ponen 14 puntos.

1.ª vuelta.—* 8 lisos, una trab., uno meng., una trab., uno meng., una trab., uno meng.

2.ª—Lisa, haciendo en cada trab. uno del derecho y uno del revés.

3.ª, 4.ª y 5.ª—Lisas.

6.ª—3 sobrecargados, el resto de la vuelta lisa y se vuelve á la señal *.

El núm. 18 muestra otra puntilla que puede servir para el mismo objeto, y para la cual se ponen 18 puntos.

1.ª vuelta.—2 sin hacer, uno lis., y el anterior sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis., y el anterior sobrec., 3 lis., uno sin hacer, uno lis., y el anterior sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis., y el anterior sobrec., uno lis., y el anterior sobrec., de modo que de 3 puntos resulte uno, una trab., uno sin hacer, uno lis., sobrec., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno lis.

2.ª—Lisa del derecho haciendo en las trab., uno del derecho, y uno del rev.

3.ª y 4.ª—Lisas.

5.ª—2 sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., 2 lis., uno sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno lis., 2 sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., 3 lis.

6.ª—Como la segunda.

7 y 8.—Como la tercera y cuarta.

9.ª—2 sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno lis., uno sin hacer, uno lis. sobrecargado, una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., 3 lis., uno sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., 3 lis.

10.—Como la segunda.

11 y 12.—Como la tercera y cuarta.

13.—2 sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., 2 lis., uno sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno lis., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno lis., uno sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., 2 sin hacer, uno lis. sobrec., y uno lis.

14.—Como la segunda.

15 y 16.—Como la tercera y cuarta.

17.—2 sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., 3 lis., uno sin hacer, uno lis. sobrec., una trab., uno sin hacer, uno lis. sobrec., uno lis. sobrec. para hacer de 3 uno, una trab., 2 sin hacer, uno lis. sobrecargado, uno lis.

18.—Como la segunda.

19 y 20.—Como la tercera y cuarta.

Se repite desde la quinta y cuando la toquilla está concluida se pasa por un agua ligeramente engomada y se pone á secar en un bastidor.

Ayuntamiento de Madrid

20 á 23. BORDADO RUSO PARA GUARNECER ALMOHADONES, TAPETES, ETC.

Materiales: Tela blanca ó cruda, tela de algodón color de púrpura para las aplicaciones, hilo de marcar encarnado de los núms. 50 y 70, y algodón blanco de bordar del núm. 50.

Nuestro modelo es de lona blanca y las aplicaciones de algodón cruzado encarnado púrpura, se pegan con goma sobre el fondo y luego se sujetan á punto ruso con el algodón de bordar blanco. (Véase el grab. 21). El resto del bordado se ejecuta con el algodón color de púrpura empleando el más grueso para el punto de perfil y el punto largo de la cenefa como asimismo para las cruces y las estrellas que adornan los arabescos de los motivos grandes. El grab. 20, muestra el conjunto de la labor, de tamaño reducido, la cual mide de tamaño natural de 38 á 40 centímetros de costado.

Los grabs. 22 y 23 dan además dos lindas cenefas para el mismo objeto.

24 á 26. PAÑUELOS PARA HOMBRE.

El adorno del pañuelo, grab. 24, tiene cenefa de colores vivos y la cifra bordada con los mismos tonos. El 26 lleva cuadraditos sobrepuestos en los ángulos, de tela lisa del mismo color que los lunares estampados en toda la cenefa, que se pega alrededor del cuadrado del centro. La cifra va bordada en blanco perfilada de color. El pañuelo núm. 25 tiene suma novedad pues lleva cenefa postiza de color y va marcado con la rúbrica, reproducida con la aguja, de la persona á quien se destina. Esta manera de marcar los pañuelos ha gustado mucho y se ha generalizado rápidamente.

28 y 29 VESTIDO CON TÚNICA.

Los grabs. 28 y 29 representan el mismo traje variando solamente su combinación.

El volante de la falda tiene 26 cents. de ancho y el de la polonesa ó túnica 8 cents. Todos los bieses del traje miden 4 y 5 cents. de ancho.

Los bieses rayados van ribeteados de tela lisa y los de tela lisa de tela rayada. Los completan igualmente lazos en el pecho, la cintura y la manga.

30. FICHÚ DE PUNTO DE AGUJA.

Véanse las explicaciones de los grabados 17 á 19.

31. PUNTILLA DE TUL GRANADINA Y AZABACHE.

La claridad del grabado nos dispensa de toda explicación.

32 y 33. ENTREDOS DE MALLA GUIPURE.

Son muy lindos y pueden servir para fichús, delantales, peinadores, según se ejecuten con seda negra ó hilo blanco.

34 á 37. DIFERENTES ADORNOS PARA VESTIDOS.

Los ofrecemos para servir de modelo á otras mil combinaciones, pues pueden agrandarse, estrecharse ó combinarse de distinto modo.

Los grabs. 34 y 37 muestran adornos propios para guarnecer vestidos de baile de muselina ó cualquiera otra tela ligera. Los grabados 35 y 36 son para adornar vestidos de calle y de tela fuerte.

JOAQUINA BALMASEDA.



EL DIA DE NOCHE-BUENA.

Entre todas las festividades del año, no hay quizá una que alegre tanto al mundo y en particular á los niños como la de Noche-Buena.

Ocho ó más días antes, ya infinitos grupos infantiles con sus ruidosos tambores que ensordecen los oídos, recorren la capital entonando bellísimos cantares que anuncian al vecindario la venida del Mesías, del Redentor del Mundo, del Niño Dios, que nació en el miserable establo de unos bueyes. Y no obstante la pobreza que por todas partes le rodea, de muy lejanos países, y guiados por una estrella, la Estrella de Belén, vienen tres reyes á inclinar sus frentes y ofrecerle *Incienso, Mirra y Oro*.

Al Niño Jesús, que duerme al abrigo del Santísimo regazo de María, teniendo por pañales unas cuantas pajas, el sueño del Justo velado por San José...

Al Niño Dios, Salvador del Mundo.

Al Niño Dios, que por redimirnos del pecado fué escarnecido, azotado y abofeteado...

Al Niño Dios, que murió clavado en una cruz pidiendo al cielo misericordia para sus hermanos...

Y todo esto nos recuerdan esos grupos infantiles que van por las calles entonando lindísimos cantares y llenan de animación los lugares que recorren.

Por eso la muchedumbre se agita como si despertara del sueño... de todo un año de trabajo; y abandonan presurosos sus casas y se lanzan á las calles con el semblante risueño y el afán de acaparar comestibles para celebrar la Noche-Buena.

Ricos y pobres, niños y grandes, todos van y vienen por las calles y las plazas invadiendo las tiendas, asaltando los puestos de los vendedores, y la chicharra y el tambor, el rabel, la pandereta con el besugo, el pavo, el turron y las verduras, se mezclan y confunden como muebles en carro de mudanzas... y todo es alegría y regocijo. Hasta en los cafés hay un extraordinario el día de Noche-Buena: de donde salen criados de servir con grandes jarros de leche de almendras para la sopa, regalo que hacen á sus constantes parroquianos, como remuneración de los beneficios que reportan de su consumo durante el año.

Los parientes y amigos se reúnen. Si hubo algún disgusto se olvida; todo en esta noche enternece; vuelven á estrecharse sus manos, se felicitan y la alegría renace en sus corazones.

Y todo es en albricias de la venida al mundo del Niño Jesús.

Y los niños expansivos dan rienda suelta á su natural alegría cantando á coro sus villancicos.

Cantad, sí, hermosas criaturas. Elevad al cielo vuestro tierno acento. Armaos del rabel, la pandereta, la chicharra y el tambor y cuantos instrumentos podáis tener á mano, que vuestros amorosos padres en este día os lo dispensan llenos también de regocijo.

Entonad, queridos míos, himnos de alegría, por ser el día que ha nacido Dios.

Ved el nacimiento: admirad esas figuras pequeñas de tosco barro, esos arroyos y fuentes cristalinos, ese humilde pesebre y esa brillante estrella por cima de Belén. Allí está el divino Niño, allí San José, la virgen María contemplándole con el amor de una madre, los pastores adorándole, los reyes guiados por la estrella de Belén... Nada falta en tan sencilla escena. Hasta allá á lo lejos se ve una casita blanca en la que aparece asomado á la ventana el mesonero con el cazo en una mano, aquel que negó á San José y María albergue en esta noche... vedle bien... más... no le mireis, que tiene la cara tan fea como duro el corazón.

Y vosotras, bellísimas lectoras, habéis de negar en este día, vosotras, las que habéis sido niñas, las que habéis respirado el ambiente puro del hogar, que recordáis siempre con cariño la Noche-Buena de vuestra niñez con sus rumores y sus cantares, en que esperabais los dulces de los Reyes Magos al balcón, á la ventana ó á la puerta de vuestra casa... no es posible, repetimos, podáis negar la expansión tan natural en este día á vuestros tiernos hijitos, queridos del alma.

Y vosotros padres de familia disimulad á esas criaturas sus inocentes voces y sus chillidos, sí; disimuladles esa cándida ruidosa algazara propia de sus pocos años. Dispensádselo en honor al día de Noche-Buena, y entonad con ellos himnos de alegría, por ser el día que ha nacido Dios.

Feliz el pueblo que así celebra la Noche-Buena entre risas mil y cánticos de gozo.

¡Qué más encantador que ese natural entusiasmo que arroba á todas las familias en este día!

Pero ¡ay! no faltan seres desgraciados que ateridos de frío imploran la caridad pública: si á nuestro paso la mano de algún infeliz roza nuestros vestidos, socorrámosle mejor en este que en otro cualquier día, que es un hermano desgraciado que desea pasar la Noche-Buena con el entusiasmo y regocijo de las almas cristianas.

FRANCISCO GUERRERO GARCÍA.

AL NACIMIENTO DEL MESÍAS.

ODA.

En puro regocijo
Arde Belén, que anuncia el nacimiento
Del Soberano Hijo,
Rey de reyes, Señor del firmamento,
Que al sol dá luz é infunde movimiento.

A redimir al hombre,
Que envuelto del pecado en impureza
Negó su santo nombre,
Vino en humilde cuna su Grandeza,
De Luzbel, quebrantando la cabeza.

Brilló la lumbre hermosa
Del alba, despertando á la mañana,
Y se tiñó de rosa
El azulado espacio, que engalana
Rico feston de fulgurante grana.

Los valles y los montes,
Aún dormidos, alegres despertaron!
Y nuevos horizontes
Con el brillar del alba contemplaron,
Y á empaparse en su luz la frente alzaron!

Y abandonando el nido
Que en el gallardo cedro el ave fia,
Con sus ramas tejido,
Sale á cantar la luz del nuevo día
En torrentes de amor y de alegría!

Y las tempranas flores,
Que el áura arrulla con melífluo acento,
Sus más bellos colores
Vistieron con la aurora, cuyo aliento,
Trocado en perlas, engalana al viento!

Y hasta el sereno lago
Que el límpido celaje fiel retrata,
Al sentir el halago
Del sol naciente, que las nieblas mata,
Roto el cristal, en ondas se desata!

Que al soplo de la aurora,
Que los espacios abrillanta pura
Con mano bienhechora,
A nueva vida de mayor ventura,
Leda renace con placer natural...

Sí!... Que al sentir la planta
Del hijo de Jhowáh posarse en ella,
Como reliquia santa
Brotará á cada paso una flor bella,
Que indique al hombre de Jesús la huella!

Por eso reverente,
Hasta el trono de Dios sus alegrías
Levanta en himno ardiente.
Viendo cumplirse al fin las profecías
Que la venida anuncian del Mesías!

Por eso en el espacio
En poderosa lumbre el sol se baña!
Y hasta el rico palacio
Celebra á par de mísera cabaña,
La fausta nueva en amistad extraña!

Por eso el valle humbroso
Y el empinado monte, en vivo anhelo
Recorre el pueblo, ansioso
De saludar al Rey de tierra y cielo,
Que viene á redimir del llanto al suelo!

Por eso su alma enciende
De religioso amor el fuego santo,
Y á los cielos asciende
Entre las notas de sublime canto,
Que en la eterna mansion resuena en tanto!

Y á la humilde morada
Do halló cuna Jesús, en bienhechora
Fé, el ánima abrasada,
El pueblo corre y por Señor le adora,
Y á su presencia, de entusiasmo llora!

Allí la faz divina
De la Virgen sin mancha sobre el seno
El Salvador reclina,
Dulce el mirar, el sonreír sereno,
De bondadoso amor y encanto lleno!

Débil flor, cuyo aroma,
Por récias tempestades combatido,
Tu triunfo llegó á Roma!
Y del martirio en brazos, extendido,
Domina el mundo, á su virtud vencido!

Su aliento soberano
Que las tinieblas en la luz convierte,
Temblar hizo al tirano;
Y roto y por el suelo, el muro fuerte
Sepulcro fué donde le halló la muerte!

Y su acento sin non-bre,
Rota ya la cadena que hizo impía

Ayuntamiento de Madrid

Siervo al hombre del hombre,
Bañado en puro amor, les repetía:
—«Iguales sois á la presencia mia!»—

«Lo mismo el poderoso
Que en báquico festin sus glorias canta
Alegre y orgulloso,
Bronca y torpe la voz en la garganta,
Túrbio el mirar y trémula la planta,

«Que el siervo infortunado
Que llora en cantiverio amargas penas,
Preso y encarcelado,
Hervir sintiendo las hinchadas venas
Bajo el peso cruel de sus cadenas;

«El que á sus piés rendido
Mira un mundo temblar y alza la vista
Ciego y desvanecido,
—No hallando ya quien su poder resista,—
Del cielo meditando la conquista,

«Que el pobre que padece
La hambre y la sed, en soledad y espanto,
Y gime y desfallece,
Mientras sus ojos cóncavos, al llanto
Salida ofrecen en mortal quebranto;

«El que en palacios goza
Amor, dicha, placer, dulce alegría,
Y el que en humilde choza
Descanso busca al declinar el día,
Iguales sois á la presencia mia!»

Sí!... Que el Omnipotente
Hermano hizo del rico al miserable!
Alma les dió igualmente,
Eterna como El, y el cuerpo inestable,
Formó de barro incierto y deleznable!

Cuando en limpios espacios
Brilló del sol la lumbre poderosa,
Rubíes y topacios
Afrentaron la niebla tenebrosa
De la callada noche silenciosa,

Pregonando su aliento
Por el tendido valle y por la altura
De Cristo el nacimiento,—
Lució una estrella misteriosa y pura
De singular encanto y hermosura!

A su presencia huyeron
Las sombras confundidas á la nada!...
Los ángeles rieron,
Y apareció la tierra iluminada
Por el fulgor de claridad sagrada.

Iris era la estrella
De santa libertad! Clavó los ojos
La humana especie en ella.
—Tréguas dando al ardor de sus enojos,—
Y cayó bendiciéndola de hinojos!

Pasaron las edades
Unas en pos de otras, y murieron!
Y récias tempestades
Oscurecer su lumbre pretendieron
Y ante su luz, deshechas fenecieron!

Y nunca oscurecida,
Siempre brillante, en el zenit fulgura!
Que es eterna su vida,
Y es la mano de Dios quien la asegura
Y aumenta su esplendor desde la altura!...

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

TRADICIONES ITALIANAS.

PIETRO EL PESCADOR.

El cielo, cubierto de negros nubarrones, extiende su manto plomizo sobre las olas, que impulsadas por una brisa cálida, se precipitan unas tras otras en hirviente torbellino á estrellarse con las rocas de la playa.

Pietro, impávido ante la tempestad que avanza despertando los ecos dormidos en los huecos de las peñas, apresta cantando su barquilla, engalanada de alegres banderolas.

Pietro! Pietro! exclama la pobre madre tendiendo hácia él sus brazos suplicantes. No partas, no... hace hoy

un año que tu pobre hermano, desoyendo mis amantes consejos, se lanzó también a la mar... La barquilla volaba impulsada por la brisa de la tarde; las olas, encrespadas como montañas, se levantaban hasta las nubes, y al brillar en el cielo la primera estrella, el pescador, envuelto en su frío sudario, dormía ya en el sueño de la muerte! No partas, no!

Pietro se sonríe, se lanza sobre la barquilla, y se aleja de la orilla cantando:
—Nana me aguarda; mi hermosa, mi querida Nana. Voguemos, voguemos.

La blanca gaviota, revolando sobre el esquife, exhala gritos agudos, repitiendo con dolorido acento:

Pescador, pescador, vuelve a la playa! Mi nido, el nido amante que con tanto afán había yo fabricado sobre la roca, acaba de ser arrebatado por la tempestad. ¡Vuelve, vuelve!

Pietro lucha brazo a brazo con las agitadas olas que le ciegan y envuelven entre sus espumosas corrientes, y continúa cantando:

—Nana me aguarda; mi hermosa, mi querida Nana! Voguemos, voguemos.

El trueno zumba, el relámpago rasga las tinieblas, y del fondo de los mares se levanta un murmullo vagoy aterrador que repite por intervalos:

—¡Pietro, hermano mio, antes que suene tu última hora, ruega por el alma de tu hermano!

Pietro no escucha, tranquilo en medio de aquel espectáculo amenazador, voga y voga, cantando con voz firme:

—Nana me aguarda; mi hermosa, mi querida Nana! Voguemos, voguemos!

Pietro voga toda la noche por un mar sin riberas, pero a las primeras luces del alba dibújase en el horizonte las blancas torrecillas de Meta.

Pietro saluda entusiasmado la preciosa aldeita que se alza sobre las olas como el nido flotante del alcion, y otra voz solemne y acompasada, respondiendo a la suya, llena los espacios con sus angustiosos ecos.

Es el fúnebre tañido del bronce que acompaña la antifona de los muertos, es la voz que murmura en su oído: *Cristiano! Ten piedad!* Por el alma que te ruega, piensa en la tuya!

Pietro palidece un momento, luego rie del presagio, y salta sobre la playa cantando:

—Mi hermosa, mi querida Nana me espera!... ¡Volemos, volemos!

Apenas echa pié a tierra detiene su paso la fúnebre comitiva, que acompaña una doncella hasta su última morada.

¡Allí va, dormida en su blanco féretro, como la paloma que huye de los lazos del cazador!

Pietro se lanza frenético por entre aquella turba que le veda el paso exclamando:

—Por quién llorais, hermanos míos!
—Por ella! le responden, señalando la vacía torrecilla: era tan hermosa!

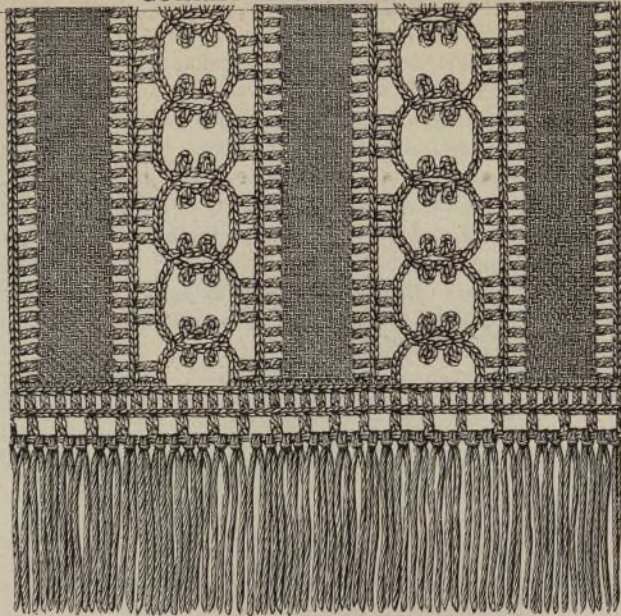
Pietro fija los ojos en el féretro... palidece... tiembla, y cae exánime exclamando:
—Me llama! me llama! es un ángel que torna al cielo!

ROBUSTIANA ARMIÑO.

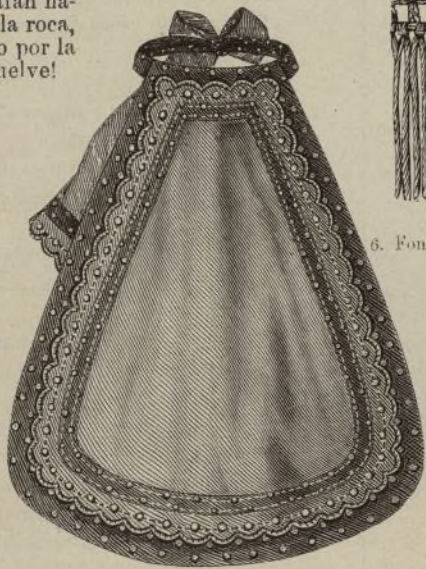
LOS CONSUELOS DE LA FÉ.

I.

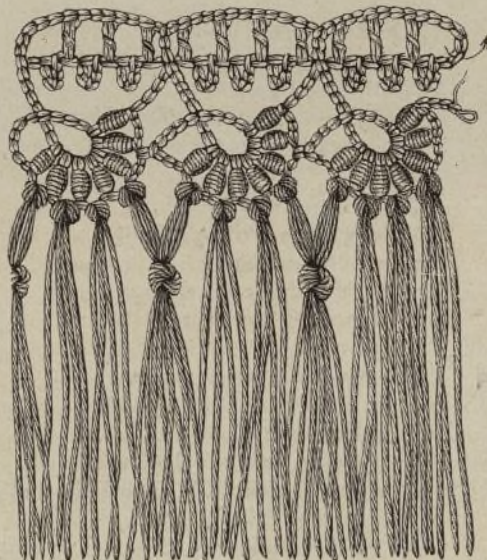
La Fé! estrella luminosa que nos guía en medio del



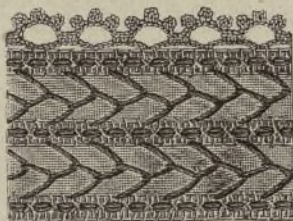
6. Fondo de cinta y crochet para colchas o edredones. (Véanse los núms. 14 y 15)



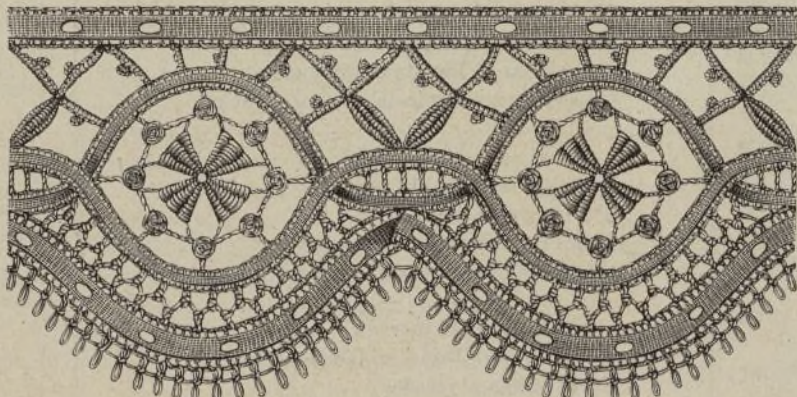
7. Delantal con bieses.



9. Fleco de crochet.



10. Bordado para la bolsa núm. 4.



11. Encaje irlandés hecho con cinta de dos anchos.



16. Bolsa para lencería.

borrascoso mar de la existencia, y en la oscura noche del dolor fulgura con divina luz, señalándonos el suspirado puerto de la inmortal alegría: la Fé! celestial bálsamo que desciende a nuestros corazones, curando la honda herida que en ellos causó el pesar; rocío fecundo que refrigera al alma cuando el fuego abrasador de las pasiones la ha secado, ó cuando la hiel del infortunio la marchita.

¡Y habrá quien pretenda arrancarla de nuestros pechos!... ¡Y habrá quien quiera despojarnos de los dulcísimos consuelos que, cual fresca guirnalda de perfumadas flores, a ella debe el alma dolorida!

Pobres ilusos! ¡Qué hareis sin fé, cuando hastiado el corazón de los placeres, arrastradas por el huracán, cual hojas secas, vuestras más caras ilusiones, sintais ese pe-

renne anhelo, esa incesante aspiración del alma, que es como el presentimiento de otro mundo, en el que deben cumplirse nuestros deseos y llenarse con har- tura el inmenso vacío de nuestro espíritu?

¡Qué hareis sin fé cuando os hiera el envenenado dardo de una de esas terribles desgracias de la vida que penetran hasta las fibras más ocultas del corazón?

Desgraciados! ¡Qué hareis entonces, si no podeis elevar vuestra mirada al cielo, y allí buscar el bálsamo divino de la resignación cristiana?

Ah! ¡Es que jamás, jamás al caer la tarde, en esa hora

de vaga melancolía, habeis sentido oprimirse el corazón bajo el peso de una dulce é infinita tristeza, ni se han arrastrado vuestros ojos contemplando los purpurinos celajes que el sol poniente tornasola al herirlos con su rayo postrimero, y las tintas violáceas y rosadas de la atmósfera que parece cubrir el día moribundo con una espléndida mortaja?

¡Nunca habeis pensado en Dios al mirar el magnífico contraste que ofrece el sol al partir, rico de vida y luz a otro hemisferio, y la noche que lentamente avanza, desplegando su fúnebre manto de tinieblas, como un inmenso sudario sobre la triste naturaleza?

¡Nada ha dicho a vuestra alma la brisa perfumada de la tarde, al agitar vuestros cabellos, rozando vuestras frentes, como el ala impalpable de un espíritu celeste que trae a la memoria recuerdos de la dicha pasada, impregnados de una profunda melancolía?

¡Ni al escuchar el triste pío de las avejillas que cruzan el espacio en busca de sus hijuelos, y los lejanos cantares del labrador que se retira a su cabaña, confundidos con el murmullo de la brisa y el eco del torrente, habeis exhalado nunca un suspiro?

¡Nada habeis sentido al ver la luna aparecer en el Oriente, esparciendo al través de sus celajes de gasa sus tibios resplandores, como la virgen candorosa de los cielos, como la mágica vision de vuestros sueños juveniles?

Desventurados ciegos! ¡No veis en la naturaleza toda señalado el dedo omnipotente de Dios, su Creador?

¡No veis por doquier las magníficas muestras de su bondad infinita, de su sabiduría inmensa?

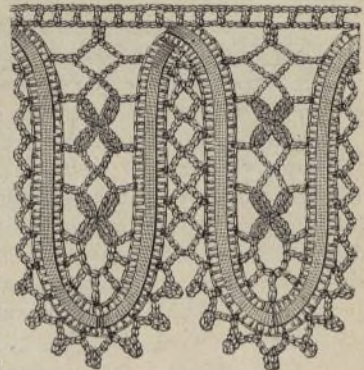
Ah! tended una mirada en torno vuestro y hallareis en todas partes la huella indeleble de los sublimes consuelos de la Fé, que Dios envía desde el cielo como un raudal de flores que embellecen la senda de la vida y encubren al- gun tanto las espinas de su escabroso camino.

II.

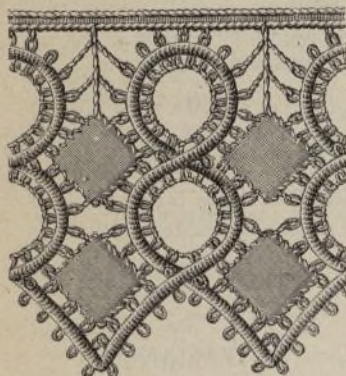
Oh! ved a la pobre madre que

se inclina angustiosa sobre el hijo moribundo, y con sus besos febriles y con sus ardientes lágrimas quiere devolver la vida al triste sér que para siempre la abandona, y recibe su helado hálito entre sus labios amorosos, y estrecha, loca de dolor, contra su pecho al espirante hijo de sus entrañas.

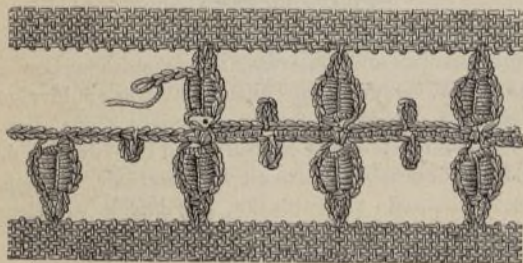
¡Quién podrá consolar á



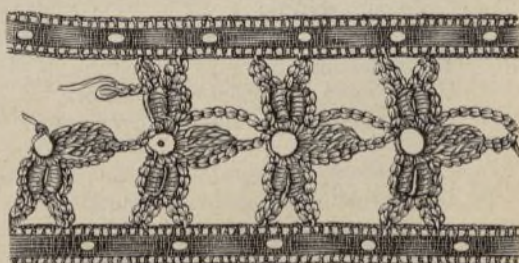
13. Puntilla de crochet y cinta irlandesa.



12. Puntilla hecha con trenzalla y cinta.



14. Entredós de cinta y crochet.



15. Entredós de cinta y crochet.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

la infeliz en tan supremo dolor en tan terrible angustia?

La Fé, solo la Fé.
Desdichada de ella si no pudiera en tan horrible instante elevar á Dios su mirada, y creer y esperar en él.

Desdichada de ella si Dios no le enviara, como un don de su bondad inagotable, el raudal de lágrimas con que exhala la amargura que iba á hacer estallar su corazón.

Y cuando ya ha perdido á la adorada prenda, que era tal vez el azo único cuyo amor la unía á la vida, la solitaria flor que embellecía y perfumaba su existencia, la Fé es también la que murmura á su oído palabras de consuelo, la que le dice con dulcísimo acento, que penetra hasta su alma: —No llores más, pobre madre; tu hijo no ha muerto, tu hijo vive en la mansion celestial de la eterna bienandanza; allí te espera; mirale: ciñe su pura sien bella corona de blancas azucenas, y entre los coros de serafines modula su inocente boca cánticos de suavísima dulzura, cuyos místicos acenos recoge en ecos perdidos el viento de la tarde para llevarlos hasta tí, envueltos en sus pliegues vagarosos.

Y la madre infeliz enjuga poco á poco el llanto que escaldaba sus mejillas, y eleva su espíritu á Dios en oración ferviente, y al concluir, lágrimas sin hiel vienen á refrigerar su corazón y á cicatrizar como bálsamo benéfico la herida de su alma.

Es que ya llora sólo una ausencia que pronto ha de terminarse; es que la celeste vision que la Fé le hace mirar entrevelada por vaporosa nube, le trae entre sus alas purísimas la esperanza y la resignación.

Hombres descreídos, ¿qué podrías dar á la infeliz mujer, en cambio de los consuelos que la Fé le proporciona?

La idea del suicidio tal vez? ¿La desesperación de un dolor sombrío incurable?

Prosigamos.

III.

Es la noche.
Una noche negra como la boca de un abismo; tenebrosa como la conciencia del malvado.

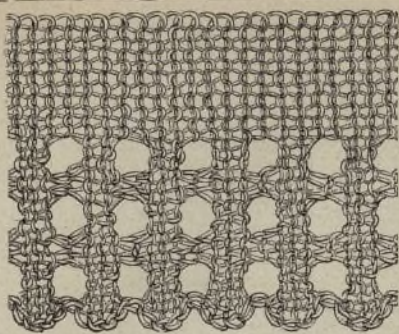
Silba el viento con furor desesperado, y allá á lo lejos se oye el rugir incesante del trueno, repetido por las vastas soladuras del mar; las negras montañas de las olas parecen querer escalar el firmamento, coronadas de blanca espuma que centellea con amarillo reflejo, y á la escarlata luz del relámpago, que rasga en intervalos las apiñadas nubes, se divisa una nave, juguete miserable de las furias del Océano.

Rotas sus velas, destrozado su aparejo por el ricio empuje del huracan, es llevada á merced del viento, que, ora la eleva á la cima de las movibles montañas, ora la precipita al fondo del negro abismo, que parece va á tragarla para siempre.

Nada hay; ningún socorro humano que pueda salvar á la tripulación de la muerte segura que le amenaza; con mirada azarosa la ven flotar en el espacio, y á cada instante esperan que sea el elegido para arrastrarlos con su fiera segur.

En sus pálidos rostros no se retrata ya la esperanza; su mirada sombría solo refleja la desesperación.

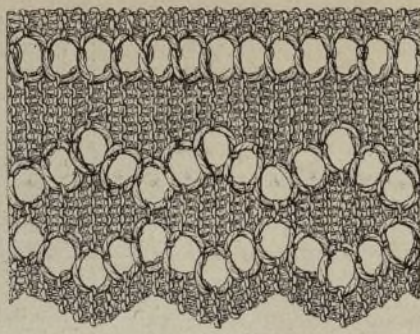
Pero, oh! mirad: aquellos hombres de corazón encallecido, avezados á las peripecias de



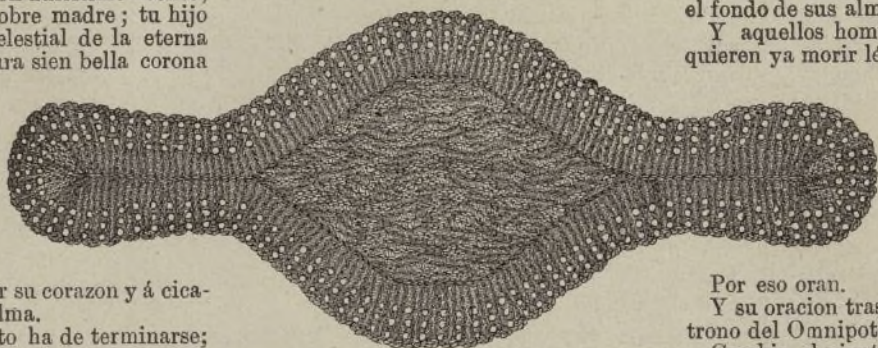
17. Puntilla de punto para la toquilla núm. 19.



20. Bordado á punto ruso para almohadon. (Véanse los núms. 21 á 23).



18. Puntilla de punto de aguja



19. Toquilla de punto de aguja. (Véase los núms. 17 y 18).

náufrago se agarra al salvador madero.

Es que el inminente riesgo ha traído á su memoria los nombres queridos de una madre, de una esposa, de un hijo; y al pronunciarlos, ha despertado el sentimiento de la Fé, que dormitaba en el fondo de sus almas.

Y aquellos hombres, que poco há despreciaban la muerte, no quieren ya morir lejos del tranquilo hogar, donde ven con los ojos del alma sus adoradas prendas, sin poder estrecharlas contra su corazón ni recibir de sus labios un ósculo postrero.

No quieren ya morir con una muerte oscura, triste, ignorada, con la horrible muerte que le ofrecen las encrespadas olas, teniendo por tumba el seno sin fondo del Océano, que los cubrirá para siempre con el inmenso manto de sus aguas.

Por eso oran.

Y su oración traspasa las nubes de la tormenta, y llega hasta el trono del Omnipotente, y Dios acoge compasivo su plegaria.

Cambia el viento; lentamente van las nubes plegando sus fúnebres crespones, y la calma sucede á la tempestad.

Allá en Oriente, se ve indecisa una blanquecina faja: es la aurora.

¡Salud al nuevo día, que viene con su luz á terminar el horror de la noche!

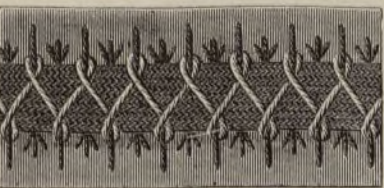
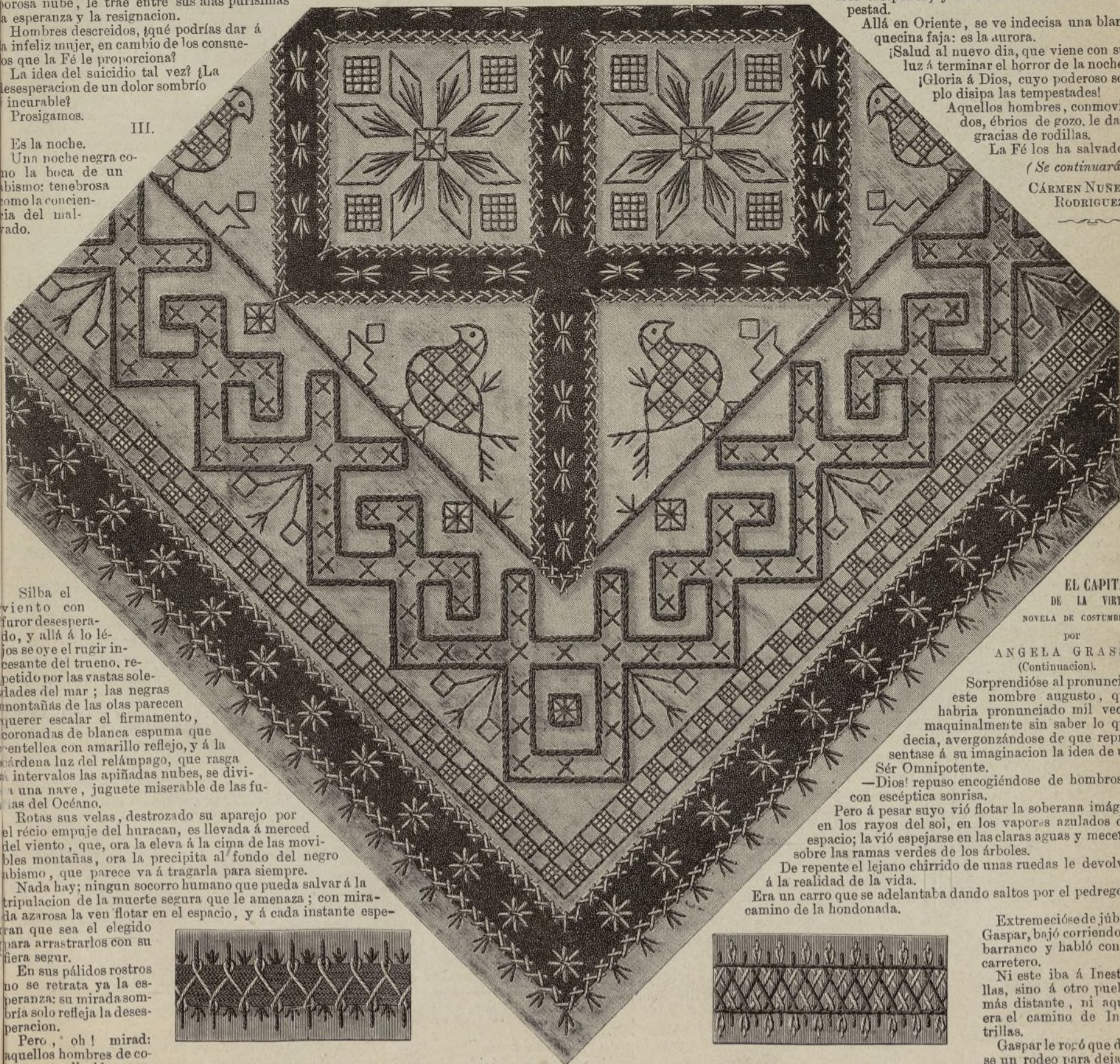
¡Gloria á Dios, cuyo poderoso soplo disipa las tempestades!

Aquellos hombres, conmovidos, ébrios de gozo, le dan gracias de rodillas.

La Fé los ha salvado.

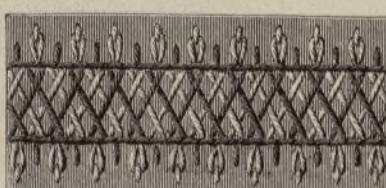
(Se continuará.)

CARMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.



22. Bordado para el almohadon núm. 20.

21. Modelo para el almohadon núm. 20.



23. Bordado para el almohadon núm. 20.

EL CAPITAL

DE LA VIRTUD

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

Sorprendióse al pronunciar este nombre augusto, que habría pronunciado mil veces maquinalmente sin saber lo que decía, avergonzándose de que representase á su imaginación la idea de un Sér Omnipotente.

—Dios! repuso encogiéndose de hombros y con escéptica sonrisa.

Pero á pesar suyo vió flotar la soberana imagen en los rayos del sol, en los vapores azulados del espacio; la vió espejarse en las claras aguas y mecérse sobre las ramas verdes de los árboles.

De repente el lejano chirrido de unas ruedas le devolvió á la realidad de la vida.

Era un carro que se adelantaba dando saltos por el pedregoso camino de la hondonada.

Extremecióse de júbilo Gaspar, bajó corriendo al barranco y habló con el carretero.

Ni este iba á Inestrellas, sino á otro pueblo más distante, ni aquel era el camino de Inestrellas.

Gaspar le rogó que diese un rodeo para dejarle en dicho punto.

—Por todo el dinero del mundo no lo haría, dijo el carretero. Vé V. aquellas nubes cenicientas? Pues va á repetirse la tempestad de ayer tarde, y las tempestades son malas en estos despeñaderos. Quiero llegar á mi casa ántes que estalle.

—Es que tengo en mi compañía á una pobre loca y á un niño enfermo y desmayado.

—Esto es otra cosa, exclamó vivamente el carretero, si se trata de una obra de caridad es otra cosa....

Subió con Gaspar á lo alto, cogió al niño entre sus brazos, y lo llevó al carro.

Si no tenía agua tenía una bota de vino bien repleta, y con ayuda del espirituoso licor, logró que Elías volviese en sí.

A este tiempo ya subía al carro Susana conducida por Gaspar, y tan pronto como todos estuvieron acomodados, el carretero arreó á la mula y prosiguió su camino.

El carro parecía volar sobre las duras piedras. Aunque subían una empinada cuesta su marcha era rápida, porque el carretero no cesaba de aguijonear á la mula, aunque más bien con palabras amorosas que con el látigo. Y hacia bien en darse prisa.

Las nubes cenicientas se habían extendido de un modo prodigioso: parecían tener alas, según la celeridad con que invadían el espacio. Y tras las nubes cenicientas llegaban nubes negras y color de sangre, empujadas por el viento tempestuoso que hacía voltear en todas direcciones las ramas de los árboles.

Cruzaban el horizonte bandadas de aves que iban á esconderse entre las peñas, y los vallados tímidos liebres y ligeras cervatillas, que también iban buscando un seguro refugio entre los espesos matorrales.

En medio de su forzada inacción, las miradas de Gaspar se fijaron en la loca, sentada en frente de él. No podía darse locura más apacible é inofensiva que la suya, no podía darse belleza más ideal que su belleza, á la que añadía poéticos encantos su rostro pálido, su actitud triste y resignada.

No se ocupaba más que de Elías: ante aquel débil niño parecía haberlo olvidado todo: su encierro, sus sufrimientos, la tiranía de Rufina.

Ya hacia que se reclinase sobre su regazo, ya le mecía entre sus brazos cantándole, como para adormecerle, tiernas y melancólicas canciones.

Tan pronto creía que el niño reposaba en la cuna, tan pronto en una cajita blanca adornada con cintas azules y color de rosa, pero en ámbos casos sus caricias eran iguales, tristes y suaves.

Elías, cuya alma estaba siempre abierta á los dulces sentimientos, se prestaba á tales extravagancias con una docilidad extremada:

La idea de que había expuesto su vida por salvarle, era un lazo de gratitud que le unía á ella de un modo indisoluble.

Si no hubiese temido comprometer de nuevo su existencia, se hubiera arrojado del carro, y hubiera emprendido la fuga fuese como fuera.

Tenía una voluntad de hierro, y tratándose de cumplir un deber no pensaba en el peligro.

Estas cualidades varoniles se habían desarrollado en su espíritu de repente.

Como el que despierta de un profundo letargo, había despertado hacia tres días á nueva vida. O por mejor decir, ántes no vivía, vejetaba: vejetaba como la crisálida en su blanca túnica. La crisálida se había transformado en mariposa de alas ligeras que cernía su vuelo en el espacio.

Pero la suerte le había colocado entre Mauro y Susana. Antes nadie le amaba: y ahora sentía en torno de sí el calor de muchos corazones. Agobiábale la dura alternativa de abandonar á su viejo amigo en medio de su infortunio, ó afligir de nuevo á aquella desventurada que parecía cifrar en él su única dicha.

Después de haber batallado mucho tiempo consigo mismo, resolvió aplazar su proyecto para otra ocasión más propicia.

Por aplazarla, no perdía nada su resolución firme y decidida.

Al mismo tiempo que secundaba los caprichos de Susana, iba examinando con suma ansiedad el camino.

Tomaba nota en su memoria de cada peñasco, de cada valle, de cada grupo de árboles, y se decía á sí mismo:

—Así que pueda me escaparé. Únicamente se habrá perdido un día.

Pero volvamos á Gaspar, que seguía contemplando á Susana.

—Pobre mujer! pensaba á su vez, tan joven, tan bella! qué triste suerte la suya!

Gaspar estaba lójos, como hemos dicho en otra ocasión, de ser malo. Si el interés y el afán del goce inmoderado no arrastrasen al mal el corazón del hombre, la virtud y la bondad contarían muy pocos tráfugas.

Contemplad si no á los niños, tan cándidos, tan compasivos, tan amantes, salvo muy pocas excepciones, hasta que el mal ejemplo y una torcida educación, dejando que se desarrollen en sus almas el egoísmo y el deseo del goce, marchitan en flor sus bellos sentimientos.

Gaspar no abrigaba ningún motivo de rencor contra Susana, y su instinto no le impulsaba á hacer daño á nadie.

Había adquirido el hábito del desorden, había visto reinar el desorden en torno suyo. Sus padres y sus amigos anteponían la crápula al deber. Como ellos, si trabajaba era solo por adquirir medios de entregarse á los placeres, únicos móviles, únicos resortes de su vida. No creía ni en Dios, ni en la conciencia. Desconocía por completo su origen divino; no tenía nociones del más allá de la vida. Creía que todo se limitaba á un poco de polvo entre dos tablas de madera.

Su moral se reducía á no quitar á los demás lo que era suyo, y á trabajar para proveer á su mantenimiento. Y aun esto lo hacía maldiciendo su destino.

Eran estas bases muy poco sólidas para que, si se presentase la ocasión de delinquir, no delinquiera.

Antiguo dependiente de D. Jerónimo, él era el encargado de llevar á la madre de Susana la pequeña pensión que el viejo avaro había consentido en darla.

Pero el genio del mal puso en su camino á Simeon. Este le ofreció veinte reales si dejaba en casa de la viuda una carta misteriosa.

Con aquellos veinte reales convidó á sus amigos, y apuró una botella de vinillo capaz de resucitar á un muerto.

¿Y qué mal había en aquello? Contuviese lo que contuviera, una carta no podía matar á nadie.

Hay inteligencias groseras, que solo ven lo que es palpable y tangible.

Como no fuera verter sangre y robar dinero, todo lo demás le parecía á Gaspar cosa de poca monta.

Las cartas menudeaban y también los pesos fuertes. Aquella época fué la época más alegre de su vida.

Todo lo que tenía que hacer se reducía á dejar las cartas, ya metidas en un costurero, ya dentro de un libro de rezos, ó encima de un mueble cualquiera.

¿Qué se quería conseguir con esto?

A él no le incumbía saberlo.

Aquellos pesos fuertes, empleados en proporcionarse goces de todas clases, le crearon imprescindibles necesidades. De pronto se agotó la mina, y se quedó como el que de improviso se queda á oscuras, sin saber á donde dirigirse.

Si á las personas como Gaspar, cuya educación es escasa, cuya moral es limitada, se las propone, como hemos dicho ántes, matar á un semejante suyo, ó arrebatarle sus bienes, no sería fácil hacerles entrar en las sendas del crimen; pero esos pecados veniales, según ellos los consideran, eslabonados los unos con los otros, los conducen sin saber cómo á la resbaladiza pendiente en cuyo fondo está el abismo.

Un día Simeon fué á buscar á Gaspar: hacia tiempo que no había abierto su bolsillo para depone una moneda en las manos del obrero.

—La viuda ha muerto, le dijo, su hija se ha vuelto loca; pero lo peor del caso es que con su locura estorba á un amigo mío el hacer un ventajoso casamiento.

La infeliz tiene que ir á parar á Leganés, y á gemir tal vez bajo el látigo de un loquero despiadado. Si tú te haces cargo de ella, te pasaré una pensión decente y lucrativa.

Pero es preciso que sea fuera de Madrid y que todo el mundo ignore su existencia. ¿Qué mal había en aquello? En efecto, ¿qué más le daba á la loca estar en una parte ó en otra, si no podía gozar de los bienes de la vida?

Llevóla á casa de unos amigos suyos, que residían en el campo, haciéndola pasar por su sobrina y dándole la mitad de la pensión para su mantenimiento, hasta que la exigencia de Rosalía, que quería á todo trance poseer una prueba irrefutable de la infidelidad de Pablo, para resolverse á dar la mano de esposa á Simeon, obligó á éste á trasladarse con Susana y Gaspar á la Aldea. Tenía Gaspar en la Aldea á su tía Rufina, en cuya casa se hospedó, y enterada la avara vieja de que los encargados de la loca estaban bien retribuidos, instó y porfió para que se la dejaran á su cargo, jurando por todos los santos del paraíso, que la tendría bien escondida y no la dejaría ver de ser viviente.

Accedió Simeon á su demanda, tanto más, cuanto estaba seguro de que Pablo y su familia abandonarían el país; y también accedió Gaspar, que si á sus amigos les daba la mitad de la pensión, á su tía solo la dió la tercera parte.

No obstante, la puso por condición que Susana no sería maltratada, y que aun cuando oculta á los ojos de todos viviría con decencia.

Después de aquel segundo pecado venial, fué cometiendo otros muchos, cada uno más negro que los precedentes.

No había bajado aún toda la escala del crimen; pero estaba en la mitad de la pendiente. ¿Le detendría á tiempo el Ángel de la guarda? ¿Le detendrían á tiempo los ruegos que su madre debía elevar á Dios desde la tumba, como los elevan todas las madres por salvar á sus hijos, en las luchas de la vida?

Tal vez sí!

Dividida la existencia de Gaspar entre el trabajo y los placeres, distraído con el bullicio de una ciudad populosa y casi nunca á solas consigo mismo, jamás había sentido lo que sentía en aquel instante en medio de la soledad augusta de los campos, viendo cruzar por encima de su cabeza las gigantescas peñas de la sierra, y á través de ellas el cielo encapotado y sombrío.

Pasaban por un desfiladero estrecho.

El carro dió un semi-vuelco; Elías, nervioso é impresionable, dejó escapar un grito de espanto.

—De qué te asustas, muchacho? dijo alegremente el carretero. No se muere más que una vez, y esta cuando Dios quiere. Procura estar bien con tu conciencia, y nada temas.

Esta palabra *conciencia* que Gaspar había oído pronunciar muchas veces, burlándose de ella otras tantas, resonó entonces en sus oídos como un eco lúgubre. Aquella día las palabras más familiares le impresionaban de una manera extraña. Por qué?

Según el cristal óptico con que se miran los objetos, así toman distinto color y distintas proporciones; según la disposición de espíritu en que nos hallamos, así las palabras más insignificantes nos alteran y conmueven.

Gaspar quiso reírse de su apocamiento, y la sonrisa terminó en una contracción nerviosa. Y las ideas que había hecho germinar en su mente aquella palabra, no dejaron por esto de desenvolverse y agrandarse.

No podía apartar los ojos de Susana.

Daba compasión ver su cuerpo enflaquecido, sus manos pálidas, sus dedos largos y afilados.

De vez en cuando se ponía la mano sobre el corazón y exhalaba un débil gemido; otras agitaba su pecho una tosecilla seca.

Gaspar sintió algo parecido á un remordimiento.

Estaban en la cima de la montaña de Clunia. El carro bordeaba el profundo foso, al otro lado del cual se levantan las ruinas de la antigua fortaleza. La senda que recorría era angosta y llena de pedruscos.

Volvióse el carretero hacia sus compañeros de viaje y les dijo con alterada voz:

—La tempestad anda más de prisa que nosotros, y tenemos mucho que temer si nos sorprende en este sitio. Pero esperemos en Dios, que no nos sucederá nada malo. Echense VV. hacia atrás, que yo voy á arrear á la mula cuanto pueda.

—¿Arrée V. á su mula, respondió Gaspar con un arranque de cólera, y deje en paz á Dios, que no se mete con nosotros!

Le incomodaba ver levantarse tan repetidamente delante de él aquel Supremo poder en el cual nunca jamás había creído.

El carretero le miró con expresión de cándida sorpresa.

—Si Dios no se metiera con nosotros, exclamó, ¿qué sería de mi mujer y de mis pobrecitos hijos, que acaso sean huérfanos mañana? Yo se los dejo encomendados á Él, así como ahora le encomiendo mi alma.

Pronunció estas palabras con la seguridad del que cree que no pueden tener réplica alguna, y subiéndose á la delantera del carro, porque lo angosto del camino no le permitía ir á su lado, empezó á guiar con gran tiento la mula, que á su vez parecía comprender el peligro, y marchaba con una rapidez extraordinaria.

El peligro, en efecto, no podía ser más inminente: un paso en falso de la mula, una piedra del estrecho sendero que se desgajase, un empuje del vendabal, hubieran bastado para que el carro se despeñara al abismo, cuya negras profundidades no podía sondear la vista.

Gaspar tuvo miedo. Apareciósele la muerte envuelta en su fúnebre sudario, y desapareció como por encanto la cínica indiferencia de que había hecho alarde en otros tiempos. No quería morir: sublevábase en su ser algo que no era su vida física ni su razón; y ese algo, quizá desconocido para él entonces, le obligaba á levantar los ojos al cielo y á buscar detrás de las líneas oscuras del firmamento la continuación de su existencia.

No bastarían las páginas de un extenso poema, para describir las encontradas emociones que experimentó Gaspar en un minuto solo.

—Si el carretero tuviese razón! murmuró con espanto. Si hubiese Dios! si todo no terminase aquí!

Representáronse en tropel á su imaginación las escenas

de su vida: dividióse en dos bandas sus buenas y sus malas obras: las segundas eran innumerables, y se iban engrandeciendo de una manera prodigiosa. Sus pecados veniales, como él decía, se le aparecieron como otros tantos delitos vistos á la luz sombría de la tumba.

Entonces sintió vagamente en su conciencia que á alguien tendria que dar cuenta de su vida, que alguien le pediría cuenta de su mujer, de sus hijos, de cuantos objetos le habian tocado en suerte, para que fuese solidario de ellos en otros lugares y otros tiempos; sintió que habia nacido para un fin, que habia vivido para realizar un fin, y que este fin debía ser la práctica del bien, supuesto que sentía un dolor tan agudo por no haberlo practicado.

Entonces quiso escusarse á sus propios ojos.

—Soy pobre, pensó; carezco de todos los gozes de la vida; ¡qué mucho que no haya podido resistir á la tentación cuando me brindaban con ellos!... Además tengo mujer, tengo hijos....

Es tan negra la culpa, es tan agena al alma, que aun á solas con nosotros mismos nos afanamos por oscurecerla y disfrazarla.

Pero Gaspar comprendió que agravaba su delito escudándose con el amor de su familia, por la cual nunca jamás se habia sacrificado en lo más mínimo.

En medio de su confusion, viendo que todo se desmoronaba en torno de su alma, dejándola aislada y sin apoyo, quiso invocar al Dios ante cuyas aras habia quemado incienso, *al Dios placer*, que siempre se habia mostrado á sus ojos sobre un trono refulgente rodeado de géneos alegres que le entonaban cánticos de alabanza; pero en aquel momento terrible, el Dios habia perdido sus mágicos atributos, cerníase sobre su cabeza como un fantasma siniestro, y en vez de tenderle una mano salvadora, sus labios se entreabrian con una sarcástica sonrisa....

—He gozado, y qué es el goce? murmuró el infeliz cubriéndose el rostro con las manos, ¡humo que se desvanece; fuego de retama, que brilla y se apaga en un instante!

El carro volaba, si así puede decirse, y sus ruedas, chocando contra las piedras salientes, producian un estrépito infernal; el huracan habia arreciado, y no contento con derribar los árboles que cubrian las alturas y que caian rodando al precipicio, muja en todas las cavernas, remedando los alaridos de seres humanos que se hubiesen refugiado entre las breñas: la noche habia sobrevenido; la oscuridad era completa; incensantes los relámpagos, incesantes y horribos los truenos.

Susana, comprendiendo intuitivamente el peligro, empezó á rezar en voz alta, secundándola Elías y el carretero.

Gaspar quiso rezar tambien y no supo.

Pero escuchó; escuchó con una avidez indecible.

Lo que rezaba Susana era sencillamente el Padre nuestro.

Aquella oracion aprendida en la infancia y olvidada despues, hizo en el ánimo de Gaspar una impresion extraña.

Admirábase al descubrir un nuevo sentido en aquellas frases que él habia repetido tantas veces de rutina sin saber lo que decía.

Iluminado por los sombríos resplandores de la muerte, comprendia toda la grandeza de aquella brevísima oracion, compendio elocuente de cuanto constituye la perfeccion humana, y ante ella veia disiparse los ampulosos conceptos de sus amigos y maestros, como un solo rayo de sol basta á disipar las tinieblas de la noche.

Pero cuando Susana dijo con dulce y fervido acento: "perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores," arrastrado por un impulso inexplicable del corazon, se postró de rodillas y repitió entre lágrimas aquel sublime concepto.

Experimentaba la imperiosa necesidad de pedir misericordia, de que alguien le prometiera misericordia en nombre del árbitro Supremo.

Pero al pedir misericordia, comprendió que no podia obtenerla sin la expiacion de la culpa, sin la reparacion del daño cometido.

En aquel instante un rayo hendió las nubes, bajó describiendo rápidos círculos, y fué á sepultarse en el suelo á pocos pasos de la mula.

La mula, asustada, se encabritó, se levantó en alto, y luego, desbocada y ciega, en vez de seguir su camino, echó á correr hácia al abismo, bajando despeñada por el derrumbadero, y arrastrando en pos de sí al carro, que iba dando saltos y tumbos, á riesgo de deshacerse entre las piedras.

—Cortar las riendas! gritó Gaspar vuelto en sí por la inminencia del peligro.

—Que Dios nos valga! exclamó el carretero. Estamos al principio de la bajada: el carro caeria desplomado á lo profundo si le faltase el apoyo de la mula.

Aquella rápida carrera al través de los matorrales, mientras el trueno retumbaba en las alturas y el rayo iluminaba el espacio, tenia algo de sobrenatural y fantástico.

Ya no fué el Padre nuestro el que entonó el carretero, sino el *de profundis*.

Gaspar cayó de rodillas y escondió la cabeza entre las manos.

La mula llegaba ya casi á lo hondo de la profunda sima, y sin un milagro de la Providencia iria á estrellarse contra el muro opuesto del foso.

Gaspar se levantó de repente, cogió á Elías, y lo arrojó en los brazos de la loca gritando:

—Susana, Susana, hé ahí á tu hijo! ¡Yo por orden de otro te lo arrebaté en la cuna! ¡Te juro que es tu hijo, en nombre del Dios que va á juzgarnos, te lo juro!...

—Hijo! Madre! exclamaron á la vez Susana y Elías, confundiendo ámbos en un estrecho abrazo.

(Se continuará.)

CORREO INTERIOR.

CARTAS A ANGELA.

Madrid 20 de Diciembre de 1874.

Esta semana, querida Angela, ha sido fecunda en emociones de todas clases; pero es imposible no dar la preferencia á las más fuertes, porque al respirar parece que el humo de la pólvora se introduce en los pulmones; la guerra civil ha transformado el bello cuadro de este país, presentando por do quiera los restos de la desolacion; así, no hay persona que duerma tranquila, sobresaltada por el éxito del horrible drama que se representa en los campos, donde hermanos contra hermanos se despedazan, sin tener en cuenta que el triunfo de sus ideas arranca lágrimas eternas á las madres, á las esposas, á los huérfanos, que son las verdaderas víctimas de esas hecatombes militares. En Cataluña y en el Norte llueve plomo candente, que se apaga en pechos nobles de esforzados españoles; no puedo ser indiferente á las peripecias de esta lucha, porque amo el suelo donde encuentro cariñosa hospitalidad, me estremezco al ver llorar, y tomo parte activa en el supremo dolor que esparce por la ciudad cada telegrama que llega, cada carta que entra por las casas llevando en el sobre una orla negra, nuncio de la desgracia para una familia.

¿Cómo he de callar ante esta explosion del dolor? ¡Acaso no es á las mujeres á las que interesa más el resultado de ese drama? Comprenderás que no puedo prescindir, al coger la pluma, de señalarte con el dedo al Norte de España. ¡Ay, Angela! cómo se contrae el corazon de una mujer al contemplar el cuadro que se distingue, si no con los ojos, con la imaginacion! Aquella capa de nieve que cubre la tierra, blanca como la piel del armiño, va á enrojecerse con la sangre de los padres, de los hijos, de los hermanos, que desafiando los rigores del invierno y las inclemencias de esa parte de su patria que se ha levantado en armas, han dado quizás el último beso á los pedazos de su corazon para morir allí gloriosamente, pero sin tener una mano amiga que restañe sus heridas y que recoja su postrer aliento. ¡Ah! ¡la guerra! Las mujeres, que discurremos con el corazon, no podemos conformarnos con esa necesidad; y, sin embargo, es preciso hacer el gran esfuerzo para triunfar, porque aquí todo está amenazado; aquí se muere de inanición; el acontecimiento más notable de la semana ha sido el viaje del jefe del Estado, que abandonando los mullidos sillones de su gabinete y el confort de su hogar, sale á desafiar al enemigo.

Toda la semana he oído hablar mucho de la tierra donde ví la primera vez; los Estados-Unidos tienen en estos dias el privilegio de fijar la atencion de los hombres políticos y de los que viven de la industria y del comercio. La malhadada cuestion del *Virginian*, que no puedo apreciar en su fundamento porque no es asunto de mujeres, el discurso de Grant y la gran Exposicion internacional que ha de abrirse en Filadelfia; hé aquí las materias de que más se ha hablado. ¡Quién pudiera dar un salto para trasladarse á Filadelfia y presenciar esa sorprendente exhibicion de las grandezas del mundo! Porque el mundo entero irá allá á lucir sus alardes de riqueza y de poder; y segura estoy de que lo mismo que en Paris y en Viena ha de ocupar España un lugar muy preferente; me alegro, porque desde que he aprendido á conocer á España, la amo y la estimo en lo que merece; allí no saben apreciarla, y la ocasion que se presenta ha de servir, no solo de leccion á los soberbios *yankees*, sino que estrechará los lazos que deben existir entre dos naciones poderosas.

Cruzarán los mares las provincias españolas, representadas por sus tejidos, sus vinos, sus manufacturas, y se hará justicia á este suelo tan maltratado por la desgra-

cia, pero tan rico en productos como grande en recuerdos. Allá irá el presidente de la comision nombrada por el gobierno, el orador sin rival, tan apreciado en América como en Europa, Emilio Castelar, que será recibido en triunfo por mis compatriotas, por su talento.

Te hablaré un poco de teatros, por más que en esta temporada los esfuerzos de las empresas hayan sido malogrados; la zarzuela está de capa caída y el verso no anda muy boyante. El teatro Español no ha conseguido todavía presentar una obra que quede de repertorio. Despues de la obra de Rubí, *El gran filon*, que no es más que un cuadro político de color muy subido y de intencion muy picante, que encierra una verdad incontestable, en la noche del 12 se estrenaron en el teatro de la Opera *Aida*, y en el de Apolo *Las manzanas de oro*; ámbas producciones llamaron inmensa concurrencia, no por su mérito artístico y literario, sino por las decoraciones y por lo que los españoles llaman el *atrezzo*, sin duda para probar que hablan bien el castellano; *Aida* no es ni con mucho la mejor obra de Verdi, pero lo que le falta de riqueza en melodías le sobra de aparato; en cuanto á *Las manzanas de oro*, han cambiado de metal para el empresario, pues no dará las entradas que se prometía; ha echado á la obra de Blasco y Alvarez tapas y medias suelas, le ha añadido algunos números de música, que han resultado ser *ceros* á la izquierda, y cata confeccionado el pastel dramático que fué para el público un buñuelo de viento. El teatro de Apolo nació con desgracia y morirá con su mala estrella.

Los salones continúan muy animados, y seria difícil, ni asistir á todos, ni darte cuenta de ellos con la detencion que quisiera. En la última semana asistí á la brillante reunion del Sr. Durán y Cuervo, donde tocó al piano con maestría el joven Sr. Tragó, y á la recepcion de familia en casa de D. Aquiles Carbonell, para celebrar los dias de su esposa; la concurrencia era escogida, luciendo sus galas las señoras de Moreno Benitez, de Balaguer, de Verdugo, de Roca, de Ribó, de Carbonell, de Parra, de Bustamante y otras que no recuerdo. Allí tuve el gusto de oír cantar una romanza de *Campana*, una danza y un duo con la señorita de Pavon, á la interesante Salvadora Abella, y un ária de *Julietta y Romeo* á la hermosa joven Pilar Verdugo de Arazoza, cuyas excelentes facultades le conquistaron grandes aplausos de los concurrentes; el afamado baritono D. José Carbonell cantó admirablemente el polo del *Pleito* y el duo de *El Juramento* con la señora de Pascual; la señora de Gaspar recitó al piano una *melopea*, acompañada de su hija, y el profesor Sr. Barceló tocó al piano dos piezas. Los dueños de la casa obsequiaron á sus amigos con un espléndido *buffet*.

Los saraos de la señora condesa del Montijo y del señor Ulloa, los domingos, atraen á la elegante *fashion* madrileña y á los diplomáticos, que encuentran grato solaz en el trato afable del señor ministro de Estado y de su bella esposa. Los salones de la Presidencia se han cerrado los jueves hasta que vuelva del Norte el Sr. Duque de la Torre. ¡Quiera el cielo que se abran pronto y que con la vuelta del guerrero victorioso, luzca para España el iris de la paz!

No quiero cerrar mi revista sin alegrar un poco el cuadro, refiriéndote lo que me escribe de Nueva-York mi amiga Jenny: tú no conoces la excentricidad del carácter americano, y vas á apreciarla en un suceso que te pareceria inverosímil si no te asegurara que es histórico. El dia 19 de Octubre se casaron en Ohio, Mary Walsh y Charles M. Colton, artistas de la compañía ecuestre de Barnum; te repetiré lo que te decía en mi última carta: ¿tiene algo de extraño que la gente se case? Pero esta boda no se ha hecho en la tierra: ha sido un matrimonio *en el aire*. Mary y Charles, enamorados ciegamente, creyeron sin duda que la tierra era pobre mansion para unir sus almas, y tendieron las alas en busca de la region de los ángeles.

¿No me has comprendido? No es fácil, Angela. Hé aquí el caso: los contrayentes, los padrinos y el pastor evangélico que habia de bendecir el enlace, se remontaron en un globo, y al encontrarse á la altura de seis mil piés, cuando ya ni las miradas de los mortales podian profanar sus sentimientos en aquel acto solemne, allí donde ni el águila caudal llega con su vuelo soberano, se dieron las manos de esposos, descendiendo despues á Mont-Auburn, desde donde penetraron en la *City* para celebrar la fiesta. Allí perdió el amor las alas de la poesia, para gozar de la prosa del matrimonio. ¡Qué triste encontrarían la tierra aquellos amantes que habian escalado el cielo!

¡Dime ahora, querida Angela, si la Union americana no es un pueblo *sui generis* que no tiene rival en el mundo por su atrevimiento!

FANNY WARRIOR.

SECRETOS DEL TOCADOR.

Muchas veces nos preguntamos á nosotros mismos la causa de ciertas afecciones que vienen repentinamente á afebr el cutis ó á determinar la caída del cabello, y acudimos á la medicina para combatir el mal, cuando éste proviene tal vez de algun ligero descuido. A veces consiste en la ropa blanca, habiéndose generalizado ahora el lavado con polvos y otros ingredientes perniciosos que suelen dar por resultado las erupciones, los granos, los barros, etc. Así pues, sería preciso confiar el lavado de la ropa blanca para el tocador á personas de entera confianza.

Las toallas tienen que ser de tejido blando, pues las fuertes y lisas arrugan la piel. Las esponjas, los cepillos y los peines deben mantenerse siempre muy limpios, porque el desaseo produce del mismo modo los más nocivos resultados.

El mejor procedimiento para esto, y que es al mismo tiempo el más sano y radical, es sumergir frecuentemente estos objetos en agua mezclada con una cucharada de café, de amoníaco (una cucharada para la cantidad de agua que puede contener un vaso regular) y luego enjuagarlos con agua pura.

Las esponjas deben enjuagarse todos los días, secarse con un paño, volverlas y guardarlas. También los cepillos de los dientes y las uñas deben lavarse y secarse con el mayor esmero.

Este cuidado sirve además para que los cosméticos y los tintes para el cabello den un buen resultado, pues el *Agua Gauloise*, por ejemplo, que es uno de los mejores tintes que se conocen, exige que el cabello esté muy limpio antes de aplicarla.

El *Agua Gauloise* es muy recomendable, pues forman su base la glicerina y el árnica, y tiene la rara propiedad de no manchar el cutis.

Los pañitos de batista fina y usada para que sea más suave, destinados á aplicar los cosméticos, lo mismo que las esponjas finas, no solo deben lavarse y extenderse para que se sequen bien, sino que deben renovarse con frecuencia.

Los botes, tapados herméticamente, se guardan en paraje en donde no dé la luz, ó en cajas de carton hechas al efecto.

Vamos ahora á dar algunos consejos de higiene, de la cual, como hemos dicho antes, depende la belleza, y empezaremos por la dentadura.

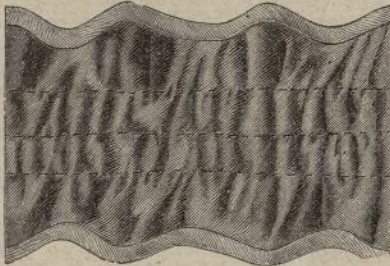
Cuando las encías están hinchadas y encarnadas, se obtienen, según afirma el doctor



28. Vestido con túnica. (Véase el núm. 29).



24 á 26. Pañuelos para hombre.



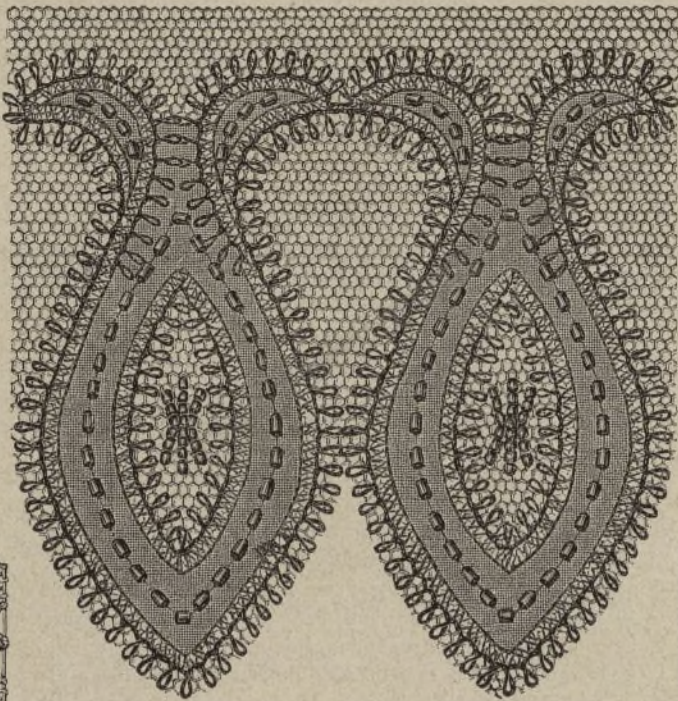
27. Adorno para el vestido 18 del número anterior.



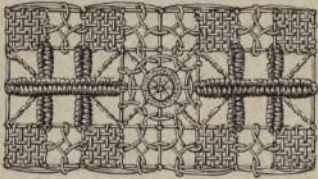
30. Fichú de punto de aguja. (Véanse los núms. 17 á 19).



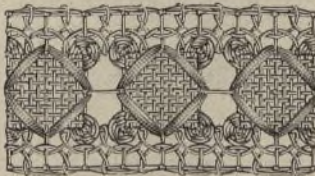
29. Espalda del vestido núm. 28.



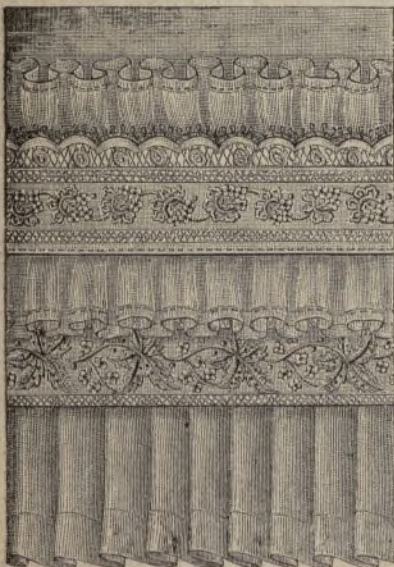
31. Puntilla de tul, granadina y azabache.



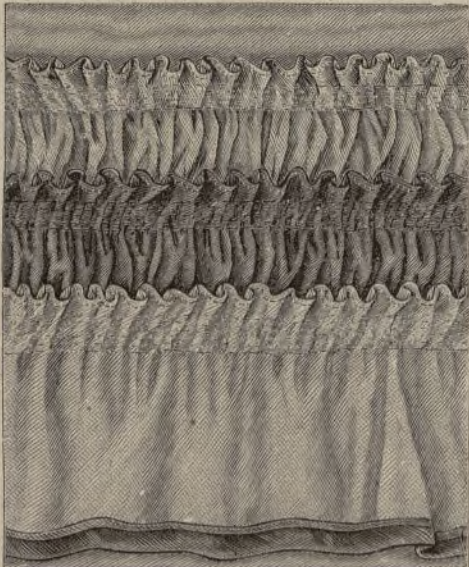
32. Entredós de malla guipure.



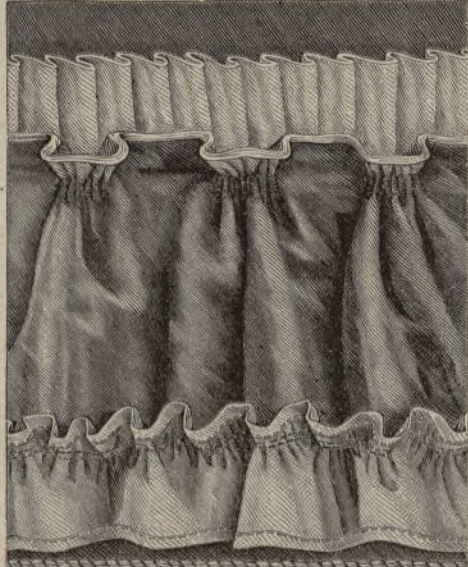
33. Entredós de malla guipure.



34. Adorno para vestidos de baile.



35. Adorno de volantes y bullones para vestido.



36. Doble volante con cabeza plegada para vestido.



37. Adorno de bordado y encaje para vestidos de muselina.

Bande, excelentes resultados con los siguientes polvos:

Magnesia calcinada.....	16 gramos.
Quinina en polvo.....	16 "
Canela en polvo.....	4 "
Esencia de clavel.....	2 gotas.

Las personas que necesitan hacer mucho uso de las sustancias ferruginosas, suelen tener los dientes negros, y para obviar á este inconveniente, el doctor Mialhe, aconseja otros polvos cuya fórmula es esta:
Azúcar de leche, 125 gramos.
Laca carmínea, un amo, 25.

Tanino puro, un gramo 88 centgs.

Esencia de menta, dos gotas.

Esencia de anís, 22 gotas.

Esencia de azahar, una gota.

Se mezcla bien la laca con el tanino, añadiendo poco á poco el azúcar de leche en polvo, pasar el todo por un tamiz de seda de mallas anchas, y echar luego las esencias.

Cuando solo se trata de conservar la dentadura que se halla en buen estado, lo mejor es el carbon de saúco ó de tilo preparado de este modo:

Polvo fino de carbon, 16 gramos.

Quinina encarnada en polvo, 16 id.

Esencia de menta, 3 gotas.

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CRUZ.

Explicacion del Figurin 1155.

Trajes de máscara.

FIG. 1.^a—Traje de la época de la Convencion francesa, 1795.—Vestido-funda, de raso color verde manzana, con una ruche en el bajo. Cuerpo de talla corto y mangas huecas; guantes de Suecia que suben hasta el codo. Manteleta de encaje negro y gorra de encaje blanco adornada con un gran lazo llamado *Molino de viento*. El peinado dispuesto en *repentir*, que así se llamaba entonces. Medias blancas de seda y coturnos verdes.

FIG. 2.^a—Traje para niña.—PIERROT LUIS XV.—Es de tafetan blanco adornado con cintas azules, gorguera y hombrillos de crespon liso rizado. Sombrero correspondiente.

FIG. 3.^a—Traje de señora de la clase media en tiempo de Luis XVI.—Vestido de raso maíz, con corpiño y mangas largas de tafetan rosa. Cinturon echarpe de moiré azul porcelana. Fichú blanco de crespon de china blanco. Sombrero de paja llamado Pamela, con copa muy puntiaguda y encima un lazo escarlado rosa.